



## **HISPANIA NOVA**

Revista de Historia Contemporánea

[www.uc3m.es/hispanianova](http://www.uc3m.es/hispanianova)

### RESEÑA

**Nº 12 – AÑO 2014**

E-mail: [hispanianova@uc3m.es](mailto:hispanianova@uc3m.es)

© HISPANIANOVA

ISSN: 1138-7319 – Depósito Legal: M-9472-1998

Se podrán disponer libremente de los artículos y otros materiales contenidos en la revista solamente en el caso de que se usen con propósito educativo o científico y siempre u cuando sean citados correctamente. Queda expresamente penado por la ley cualquier aprovechamiento comercial.



■ Shlomo SAND: *La invención de la Tierra de Israel. De Tierra Santa a madre patria*, Madrid, Akal, 2013, 286 páginas por Esther María García Monreal (Universidad Complutense de Madrid).

El historiador israelí, Shlomo Sand, ofrece con esta segunda parte de la trilogía que se propuso escribir sobre la enigmática invención de Israel, una obra, *ante todo historiográfica*, donde ha pretendido añadir y rellenar algunas lagunas de su libro anterior, «*La invención del Pueblo Judío*», publicado en 2008. Reconoce que también ha pretendido suturar aquellas brechas que pudieron quedar abiertas ante la crítica, y no repara en reconocer que fueron precisamente esas críticas las que le dieron la fuerza e inspiración necesarias para emprenderse en este segundo proyecto. Un proyecto de lúcida deconstrucción del mito de etnicidad y estado que el sionismo moderno de Theodor Herzl y sus más fieles seguidores han ido impulsando ininterrumpidamente desde su origen en 1896 hasta la actualidad.

Si en el libro anterior criticaba a un Estado etnocéntrico, en el nuevo se establece una aproximación crítica a la relación metafísica de los judíos con la Tierra Santa. Es un examen exhaustivo de todos los preceptos bajo los que se basa el sionismo colonizador. Su propuesta de solución al litigio (establecimiento de dos estados: israelí y palestino. No uno judío y otro árabe) la expone al final, en apenas cuatro páginas depuradas y directas, apoyándose en el discurso en torno al que ha articulado el libro: cinco capítulos, más un epílogo a modo de denuncia histórica, dedicados a los habitantes de al-Sheikh Muwannis, lugar donde se construyó la misma universidad de Tel-Aviv, y cuyo trágico destino (uno de los primeros pueblos asfixiados por la administración israelí debido a su posición estratégica) dio sentido a la escritura de la presente obra.

En el primer capítulo reflexiona sobre la construcción de patrias, lanzando la pregunta de si es un imperativo biológico o una propiedad nacional. Intenta librar al lector de posibles ideas preconcebidas respecto a la relación entre los espacios territoriales y los seres humanos que los habitan. Ahonda en los mismos principios del nacionalismo, en las entrañas del concepto de nacionalismo en sí. Acude al origen del término «patria» en los primeros escritos literarios de Homero y la evolución de la palabra a lo largo de la historia, de los matices que ha ido adquiriendo a través de la Grecia Clásica, la Roma Republicana o la Europa Moderna y Contemporánea de las Revoluciones Liberales. Demuestra que esa palabra –o concepto– nunca se ha utilizado en los textos de la ley religiosa judía, como los dos Talmud, el Midrash y la Mishná.

Con «*Mitoterritorio: en el principio, Dios prometió la tierra*», frase que da nombre al segundo capítulo, Shlomo Sand analiza, esta vez luciéndose en su conocimiento íntegro de la Biblia, el porqué del hecho de que teólogos con talento (John Calvin o William Perkins, entre otros) se hayan otorgado

una tierra a sí mismos, así como su empeño por la etnicidad pura del pueblo judío. En la *Declaración de Independencia de la Tierra de Israel* de 1948 se afirma que el pueblo judío siempre oró y aspiró a volver a su “Tierra Santa”, cuando en realidad, durante 1.600 años, los judíos creyentes nunca quisieron “volver” para no profanarla, puesto que era santa y no era digna de habitar, de desvirtuarla con la vida cotidiana. El mismísimo Talmud prohíbe ir a vivir a Palestina, porque es un lugar sagrado y sólo se contempla ir a Jerusalén para morir y ser enterrado en el Monte de los Olivos. Esto se debe a que según un Midrash del siglo XI, la resurrección y redención de los muertos empezará en esa colina donde una vez estuvo el Templo de Jerusalén. Claramente se percibe a lo largo del libro la preocupación que Shlomo Sand siente ante esta incongruencia, posiblemente condicionado por la historia de su bisabuelo ultraortodoxo, que no sionista, quien vendió todas sus pertenencias para ser enterrado en el Monte de los Olivos, dejando a su familia a la intemperie de la pobreza.

Con el tercer capítulo se centra en los motivos que han conducido a la peregrinación religiosa a Tierra Santa a lo largo de la historia y en la Declaración Balfour, así como en su estrecha relación con el protestantismo puritano de los siglos XVI y XVII. Rastrea para encontrar la primera referencia de enviar a los judíos a Palestina en ese período, en Inglaterra, y se ocupa del desarrollo de esa idea hasta el presente siglo XXI. Shlomo Sand llega a afirmar que la tan concurrida frase “*Una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra*” no es judía, sino británica<sup>1</sup>. En cuanto a las peregrinaciones, reflexiona - con cierta insatisfacción- sobre la hipótesis que Elhanan Reiner propone en un artículo («*Overt Falsehood and Covert Truth: Christians, Jews, and Holy Places in Twelfth-Century Palestine*» *Zion* 63, 2 (1998) y según la cual es posible que el interés judío por la peregrinación fuera producto de la competencia por la Tierra. Es decir, la pretensión cristiana de ser los únicos herederos del Antiguo Testamento, y por ello los que tenían derecho a controlar los activos territoriales que describe, despertó preocupación entre los judíos y desató un masivo movimiento de peregrinos a Israel. Shlomo Sand, en cambio, considera que el análisis de Reiner se queda corto ya que no explica por qué la peregrinación judía no empezó a florecer con anterioridad, en el siglo IV a.C. que fue cuando el cristianismo empezó a afianzar sus lazos y su control sobre la Tierra Santa. Añade, además, que el pensamiento judío se centró mucho más en la oración y en el diligente estudio de la ley religiosa judía que en la peregrinación a un territorio desconocido<sup>2</sup>.

En el último capítulo se aborda de la conquista del espacio étnico ocupándose desde la respuesta del judaísmo a la invención de la patria y la geopolítica del sionismo bajo la ceguera moral, hasta la *Ley de inmigración estadounidense* de 1924 como hito clave para comprender el inicio del sionismo. Esta ley antiinmigración impidió la entrada de más judíos en Estados Unidos, cortando así una corriente migratoria de gran intensidad que a partir de ese momento debió de buscar un nuevo destino: la tierra prometida. Al contrario de lo que generalmente se cree, fue efectivamente a partir de 1924, con motivo de esa ley antiinmigración y bajo el mandato presidencial de Calvin Coolidge, cuando comenzó una emigración masiva a Próximo Oriente por parte de la población judía inmigrante y no

<sup>1</sup> La catedrática de Ciencias Islámicas, Gudrun Krämer, nombra con esta frase el cap. 6 de su libro «*Historia de Palestina: Desde la conquista otomana hasta la fundación del Estado de Israel*, Madrid, Siglo XXI, 2006, una lectura obligatoria para todo aquel interesado en la realidad de este conflicto. Además, esta afirmación suele usarse como argumento absoluto y justificación de la ocupación de Palestina.

<sup>2</sup> S.Sand, *La Invención de la Tierra de Israel: De Tierra Santa a Madre Patria*. Madrid, Anagrama, 2013, p. 136.

tras la Segunda Guerra Mundial. Hasta ese momento emigraban a Occidente y sólo sesenta mil lo habían hecho a Palestina. El otro punto de inflexión en la emigración hacia la región fue la política antisemita nazi de la década de los 30, aunque el verdadero cambio de tendencia lo había desencadenado la citada ley antiinmigración.

Autodeclarado como un auténtico patriota del país que le vio crecer, advierte en la conclusión del quinto capítulo que caer en esa política de la memoria que está practicando Israel, basada en mitología bíblica y en prejuicios que se remontan al protestantismo puritano británico, sería traicionarse a sí mismo como *agente acreditado de la memoria*, es decir, como historiador. Uno de los logros del autor es el haber abordado este tema con naturalidad, algo que efectivamente confunde a sus compatriotas. De hecho, este libro no deja de ser un ataque a la historiografía sionista, quizás por eso Shlomo Sand suele justificarse parafraseando las palabras del filósofo y literato alemán Walter Benjamin cuando decía que *el historiador debe cepillar la historia à rebours*, a contrapelo. Se ha de comprender el hecho de que a un profesor de Historia de la Universidad de Tel-Aviv no le ha debido resultar fácil orquestar una obra que examina los preceptos bajo los que se asienta el «hogar nacional judío», su propio hogar y el de sus colegas historiadores. Él mismo se encarga de transmitirnos esa dificultosa tarea en la introducción del libro, en el que en tono personal, admite el rechazo al que se ha visto sometido desde la publicación de su primer libro y cómo ese rechazo no sólo ha traspasado a los planos social y personal, también al laboral.

Aunque el autor no lo haya concebido con ese propósito, la lectura de este libro puede provocar numerosas y variadas reacciones. Así, al ir leyendo el libro se va acrecentando en el lector la incomprensión hacia la política exterior que el gobierno de Israel lleva practicando más de 45 años sobre la población Palestina, asfixiada territorial y psicológicamente sin ningún tipo de derecho civil, sindical y político. Siguiendo los argumentos de esa memoria histórica israelí podríamos preguntarnos por qué los serbios no tenían pleno derecho sobre Kósovo y por qué los árabes no lo tienen ahora sobre España o por qué los indios americanos no expulsan a la población blanca de Manhattan. Los británicos también podrían expulsar a los normandos... Estableciendo estas comparaciones -¿quizás algo extremas?- queda clara que esa noción de derecho histórico al que se acoge el sionismo es un absurdo, un disparate. Este conflicto israelo-palestino lleno de matices y controversias, ha sido víctima -y sigue siéndolo- de sentencias irrevocables, de juicios variopintos y de la prescripción de fórmulas de solución. La intención del autor de este libro no ha sido esa, ni mucho menos, sino recorrer los caminos que condujeron a la invención de la Tierra de Israel, como un espacio territorial cambiante sometido al dominio del pueblo judío, *“un pueblo que -como he argumentado aquí brevemente y de forma más extendida en otras partes- también fue inventado a través de un proceso de construcción ideológica”* (p.28).

Para rematar, Shlomo Sand comienza el capítulo quinto con una cita de Albert Einstein que expone con gran claridad lo que el autor considera como una de las raíces del problema palestino-israelí. El físico alemán de origen judío le escribía las siguientes palabras a Hugo Bergman en una carta escrita el 19 de junio de 1930: *“Sólo la directa cooperación con los árabes puede crear una vida digna y segura [...] Lo que me entristece no es tanto el hecho de que los judíos no sean lo suficientemente inteligentes para comprender esto, sino más bien que no son los suficientemente justos como para*

*quererlo.”*

*Se podría considerar que el esfuerzo del autor ha sido transmitir la idea de que la tragedia no debe convertirse en un elemento identitario. Su propuesta de formalizar una república laica, para todos, y no sólo para los judíos, satisface a la mayoría de especialistas dedicados a esta delicada casuística, y también a la que escribe.*

**Esther María García Monreal**  
Universidad Complutense de Madrid.